



***Iniciamos el séptimo día* de la Novena al Corazón de Jesús, haciéndola por El Camino del Corazón.**

Hola, un día más de la Novena al Corazón de Jesús. Toma un momento de descanso y de distancia de tus actividades para meditar y encontrarte con el Señor. La propuesta para hoy es entrar en el paso siete de El Camino del Corazón, “Damos la vida junto a Él”.

¿Hasta dónde estamos dispuestos a vivir la vida a pleno? ¿Cuál es la medida de nuestros compromisos? ¿Alguna vez has pensado si hay algo en este mundo por lo que estés dispuesto a entregar tu vida a cambio?

Tal vez nunca nos encontremos en la situación en que tengamos que entregar la vida para salvar algo o a alguien, pero sí seguramente nos hemos encontrado en situaciones de tener que renunciar a una cosa que queremos para cuidar o salvar otra. Quizás, reiteradas renunciaciones a lo largo del tiempo, pueden acabar por hacernos sentir que estamos dejando la vida por algo. Lo que es seguro es que el amor que sentimos por algo o por alguien es lo que mueve nuestras fibras íntimas para entregarnos. El amor nos moviliza y por amor somos capaces de grandes sacrificios.

Lo que parece paradójico es que renunciar, aunque significa en el fondo un desprenderse o morir a algo, nos hace sentir vivos, incluso con una vida renovada y más plena, que antes. Parece que despojarse o morir a algo... da vida, hace nacer a algo nuevo. Esta experiencia es, en definitiva, la experiencia que va configurando en nosotros una vida “eucarística”, una vida entregada, una vida capaz de dar vida muriendo a algo.

Los evangelios nos narran los encuentros de Jesús con los primeros discípulos, el llamado que les hace y el modo en que ellos “dejándolo todo lo siguieron”, naciendo a una nueva existencia, a una nueva situación para sus vidas. “Entonces, amarrando las barcas, lo dejaron todo y le siguieron” (Evangelio de Lucas cap. 5,11).





La experiencia de la entrega es siempre un despojo, un dejar morir que supone entrar en un proceso de dolor que no nos será ahorrado. Ninguno que se haya jugado por entero, que haya puesto lo mejor de sí, podrá decir que lo hizo sin dolor. El dolor, aunque no buscado, es casi el efecto no deseado de la entrega.

Los evangelios nos relatan el último momento comunitario de Jesús con sus discípulos, en el que toda entrega y toda renuncia cobran su sentido último, donde todo lo vivido por Jesús en la tierra llega a su punto culmen. ... se puso a lavarles los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba en la cintura” (Evangelio de Juan cap. 13,1. 4-6) “Mientras cenaban, tomó pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio diciendo: Tomen, esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, pronunció la acción de gracias, se la dio y bebiendo todos de ella. Les dijo: Esta es mi sangre, sangre de la alianza, que se derrama por todos” (Evangelio de Marcos cap. 22-24).

Estos dos relatos no son sino dos caras de la misma moneda, en ellos Jesús se da a sí mismo, se queda entre nosotros para ser alimento que dé vida, pan que se parte y se comparte. La Eucaristía es entrega y servicio. Jesús lo vivió y lo expresó de ese modo, con gestos, con palabras y con toda su vida. Así nosotros hemos de entregarnos y compartirnos con nuestros hermanos si queremos ser parte de la Eucaristía con Jesucristo. ¿Cómo? Con el estilo de Jesús, poniéndonos al servicio, estando a los pies de las necesidades de nuestros hermanos, ayudándolos en sus dificultades

A la manera de Jesús somos invitados a configurarnos también con Él perseverando en nuestras luchas, mirándolo a Él que nos abrió el camino de la entrega que da vida. En esa confianza, podemos elegir caminar con Él nuestras dificultades, nuestros dolores, para que, unidos a su Pasión, el Padre los resucite y los haga fecundos.

¿Hasta qué punto vivo según el estilo entregado de Jesús, o busco una vida confortable y sin combate? ¿Mi vida es eucarística?

Te dejo para que converses con Jesús y le entregues tu vida.

